



#### EL ESTRENO DE ECHEGARAY (1)

UN estreno en dos noches parece á primera vista cosa rara: y la verdad es que el sábado, cuando la indisposición de Donato Jiménez cortó la función, no se había pasado de las primeras escenas, meramente expositivas. El estreno real y efectivo se verificó, pues, veinticuatro horas más tarde de lo anunciado: la noche del domingo 21.

(1) *Siempre en ridículo.*—Teatro Español.—Noches del sábado 20 y domingo 21 de Diciembre de 1890.

Había en la atmósfera esa electricidad que sólo Echegaray difunde. Se oyeron con admiración y deleite el primer acto; con emoción nerviosa ciertas escenas del segundo; y sin impaciencia, antes con interés, el tercero, á pesar de lo avanzadísimo de la hora—cerca de las dos de la madrugada.

Sorprendida de que persona tan avezada á las lides escénicas como Echegaray se equivocase en las medidas, me puse á discurrir, y creo haber encontrado la explicación de la extremada longitud de los actos. El ilustre autor de *El gran Galeoto* aspiró en su última creación á *razonar*, á buscar la ley de *causalidad*; á que Revilla, si resucitase, no le pudiese decir que “trata de arrancar triunfos ilegítimos á la sorpresa y el aturdimiento del público.” En el primer acto, Echegaray logró su objeto. Muchas veces he observado esta misma superioridad de armonía y perfección en los primeros actos de Echegaray. *Siempre en ridículo* empieza tan bien, el acto es tan redondo y tan

*cerrado sobre sí*, que podría andar solo, ser una breve tragicomedia, no concluida del modo decisivo que agrada al público, sino por el delicado estilo con que se desatan, sin cortarse, grandes conflictos del sentimiento en la vida real.

El acto es una mezcla de llanto y risa, dominando, como en la vida también, la nota cómica, y latiendo el drama desgarrador, oculto bajo las apariencias indiferentes, corteses ó lisonjeras del trato social. Yo no referiré el argumento: todos los periódicos lo han contado á su manera. Solo diré que el problema del drama es el viejo pleito entre Heráclito y Demócrito: la lucha del pesimismo y el optimismo. El autor decide en pró del pesimismo: la vida es mala, mala de remate, y el ser noble y confiado que se arroja á ella presentando descubierto el corazón, no sólo está *siempre en ridículo*, sino que al final muere sacrificado como indefensa víctima, para expiar (?) ajenos delitos. A esto conducen el amor, la amistad, el honor y la fe.

No discutiré la tesis al por menor: necesitaría llenar un número del **TEATRO CRÍTICO**. Procuraré resumir, y no se tome mi concisión á dogmatismo, pues es falta de espacio. Si el drama se mantuviese á la altura del primer acto, sería, cuando no el mejor, de los mejores de Echegaray. No manteniéndose, es una obra desigual, á trechos hermosa, nunca vulgar, porque Echegaray no produce vulgaridades, créanlo ó no sus acerbos detractores. Consideradas en detalle, algunas escenas del drama son originales, grandiosas, de labor finísima; por ejemplo, el diálogo entre marido y mujer después de sorprendida la carta, y el monólogo de Eugenio en el sofá, cuando principian á barrenar sus sienas la jaqueca y la duda. Estas y otras bellezas son el sello de fuego del hombre en quien el propio Revilla, su más duro censor, hubo de saludar á un genio dramático.

Para mí siempre lo ha sido: siempre he respetado en él esa luz. ¿Que es luz intermitente? ¡Ah! Pues si fuese fija, clara, se-

rena, de intensidad igual á todas horas, podríamos dar una higa á la fortuna los perennes enamorados del Teatro español.

Día llegará en que yo estudie á Echegaray detenidamente; entretanto, como es la primera vez que de propósito hablo de una obra suya, no quiero dejar pasar la ocasión de decir que este autor insigne, lejos de ser, según afirmó el señor don Luis Alfonso en un trabajo por otra parte muy bien pensado y discreto, la revolución hecha hombre, es la reacción literaria, ó mejor la tradición, no académica, sino popular. Yo veo en él un caso de supervivencia de nuestros viejos dramaturgos; entiendo que cuantos defectos y extravíos pueden achacarse á Echegaray, son imputables á Calderón y á Lope de Vega; no comparo hombres con hombres, sino estilos con estilos, y digo que Echegaray (inspírese ó no en momentos dados en el Teatro francés), es profundamente castizo, hasta en ese absurdo y delirante punto de honra, base de su moral en las

cuestiones sexuales: criterio inflexible, de golilla, calderoniano, con acierto observado por el señor Alfonso en el mismo trabajo á que antes me refería.

Libreme Dios de dar consejos á Echegaray, de estar señalándole constantemente, como Revilla, la regla, el compás, el límite; de ofrecerle tijeras conque recorte, balanza conque pese y microscopio conque escudriñe los infinitamente pequeños de la realidad, la compleja red de los caracteres y las costumbres. Un autor no puede torcer su personalidad sin exponerse á disminuirla ó falsearla, y cuando ese autor, con todas las excrecencias y lunares que en él se quieran descubrir, es, como Echegaray, la sola columna que sostiene el palacio ruinoso de nuestro drama nacional, convertido por Eguílaz en casa de tres pisos, hay que aplaudirle y saludarle hasta el suelo.

Del desempeño, poco bueno y mucho malo habría que decir. El segundo galán, cuando entró más triste, produjo dulce

hilaridad en los espectadores. La señorita Guerrero, bien en el primer acto, haciendo de niña nerviosa, coqueta, fascinada por la pasión, flojeó en los siguientes, donde ya era la matrona madura por el dolor y el hastío. Tiene aún mucho camino que andar la distinguida actriz para ser una *primera dama*, dueña de todos los registros del sentimiento. Si la censura no fuese sobrado femenino, le diría que *vistió* el drama del modo convencional que aquí se acostumbra. Aquel traje negro y sin adornos que se ponen las actrices en los últimos actos, llevando el luto antes que ocurra la desgracia, me parece una inocentada como otra cualquiera. Una señora joven, rica, que da de comer en su casa, no se viste como para una visita de pésame. Pero suprimamos los pelillos de indumentaria, que en el Teatro Español tendrían que llegar á ser peluca pobladísima.

Otra observación hice la noche del estreno, y fué que entre el numerosísimo público, había poca gente de esa que

siempre catalogan los revisteros elegantes. Sólo vi algún socio del Veloz Club, y en eso les alabo. Tampoco estaba la Corte; la Corte, que no pierde gorgorito. ¡Tiempos aquellos en que los Reyes eran los primeros aficionados á nuestro drama! Y no digo que fuesen mejores aquellos tiempos; el gusto de la Corte, sí.



## BIBLIOGRAFÍAS

ESPAÑOLA, HISPANO-AMERICANA,

EXTRANJERA